

Ugalde, un chico de barrio

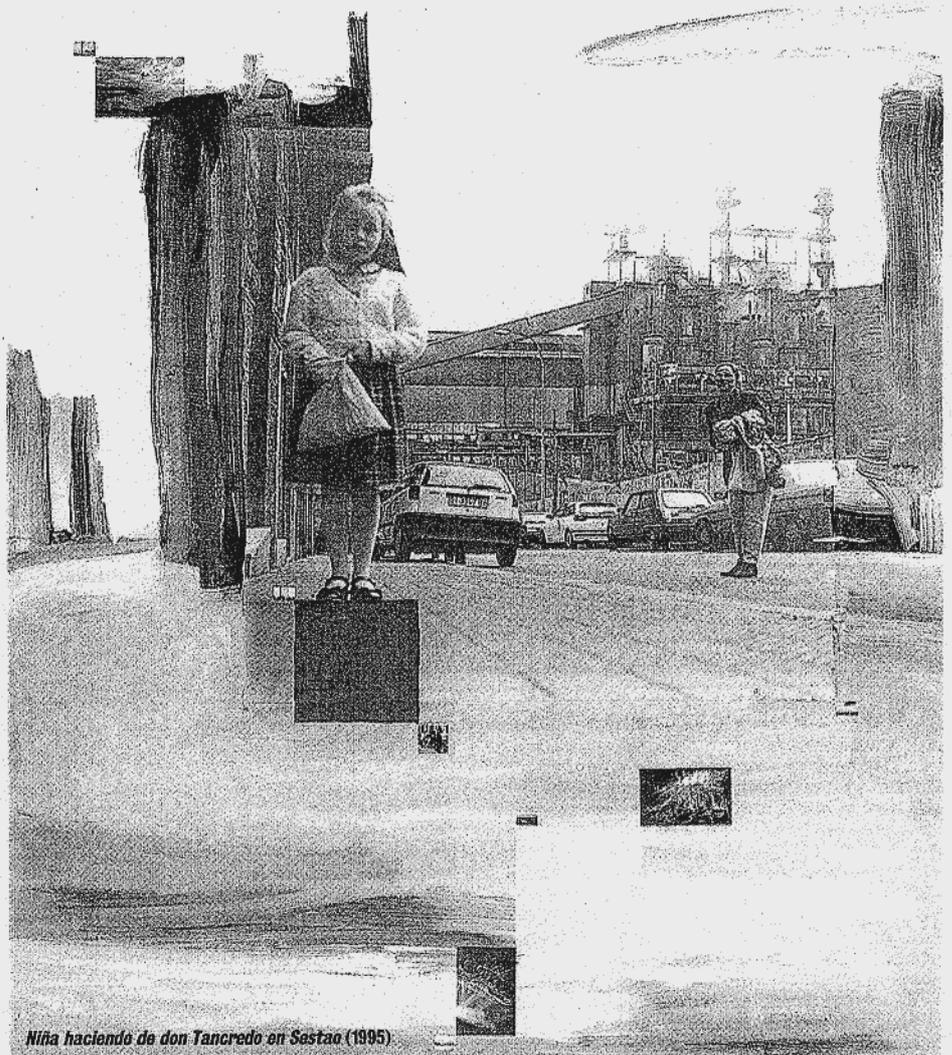
Juan Ugalde. Parques naturales

Patio Herreriano. Museo de Arte Contemporáneo
Español. Valladolid. C/ Jorge Guillén, 6
Comisaria: Virginia Torrente. Hasta el 13 de julio

No hay que ser demasiado listo, ni demasiado tonto para darse cuenta de que Juan Ugalde (Bilbao, 1958) ha sido y es, por razones de sangre o de libre elección, un chico de barrio, no de los del centro urbano, esos que lucen buenas carteras los días de diario y buenas estolas y paños los de fiesta. No, más bien él se ha criado al abrigo de una periferia que cuenta con lo justo en cada esquina: un bar, cuyo olor a fritanga impregna todo el vecindario; la tienda, el «super» o el colmado, que lo mismo vende medias a las madres y adolescentes de turno que la pistola de pan; el quiosco de pipas, chicles y demás, y siete u ocho bancos de la calle, donde se intercambian cromos, tebeos y todo lo habido y por haber. Pare usted de contar. Es la condena de sus habitantes: el horizonte en una cuadrilátero de calles o tal cual era *13 Rue del Percebe* en la página de un tebeo. Estas señas de identidad se dibujan en los trabajos de Juan Ugalde: él lo ha remarcado con sus palabras («somos un bloque de viviendas y una cerveza») y en los textos del catálogo que acompañan esta exposición son una constante que circulan por cada línea («Intentamos que nuestro entorno sea tipo *Wallpaper*, pero es más bien tipo *Parla*», señala Virginia Torrente, quien además es la comisaria de esta muestra). Esta claro que la biblia de la modernidad (la sacrosanta revista *Wallpaper*) coge, cogerá o ha cogido en alguna de sus efímeras vidas el autobús de línea para asistentes, indigentes, bebedores de botellines de cerveza y otras especies que nunca estarán en extinción y que pueblan estos alrededores. Como ambas frases son más que acertadas, rozan el trazo de unas sentencias memorables, no vamos a objetarlas ni un ápice. No en vano, el título de esta exposición, que podríamos considerar de alguna manera retrospectiva, es *Parques naturales*, con todo el cariño de una cierta ironía en esta dedicatoria. Especímenes varios, aunque muy familiares, aquí, en la trayectoria artística de Juan Ugalde, vamos a encontrar unos cuantos.

Las páginas de un tebeo

La fotografía es la base sobre la que Ugalde proyecta todo el valor documental, una enseñanza periodística, de su obra. En el más puro gusto pop, para ser precisos a la manera de Hamilton, se entremezclan con la pintura, grandes manchas que tal vez tapen lo superfluo de la escena, y, sobre todo, con el collage (postales del *kistch* patrio y personajes con afeitadas narices que parecen haber saltado de la página de un tebeo, de los nuestros, no del cómic de penúltima generación norteamericana o de última generación japonesa). Sin embargo, no es el color del pop el que asalta nuestra mirada, como se podría esperar. De hecho, hay entre estas obras expuestas una piscina, *Blue Sweet Blue* (1997), y ¿por qué no pensar en Hockney, aunque Ugalde no refleje para nada ese esplendor vital, colorista, propio del británico, sino más bien la grisura de un decorado real? Hace unos



Niña haciendo de don Tancredo en Sestao (1995)

días han estrenado la película *Torremolinos 73*, de Pablo Berger, donde los años setenta, nacionales cien por cien, no aparecen retratados bajo ese prisma de colores radiantes, de pop psicodélico que otros debieron experimentar, sino, como ha explicado su director en una entrevista, bajo un desvaído filtro, triste, más próximo al blanco y negro, como en la televisión de entonces, que al colorín que nos ha vendido cierta historia nada cotidiana. Y encontramos una similitud entre las «davadas» tonalidades de esta película, la grisura de sus perfiles, y los trabajos de Juan Ugalde. Tal vez sea por la cercanía de ambos visionados (el de la cinta y el de la exposición), aunque los tiempos retratados sean bien distintos, pero parece que hay una manera de mirar que nace de una misma raíz costumbrista, muy nuestra. Para

Ugalde son los *Muebles Fernández* (1997), el *Patrimonio Nacional* (1997), *Edificio y burro-taxi* (1997) —y se repite este burro-taxi en postales pegadas a los cuadros, como en *Así lo ves tú* (1992)—, la pandilla de barrio de *La nave de los locos* (1992). ¿Nosotros somos esto y nada más? Ya saben que desearíamos ser diseccionados por las frías páginas del *Wallpaper* y apenas hemos cruzado el distrito de Parla, pero también deberían conocer que la hipermodernidad algún día pasará por allí. Y el *Bazar de regalos Hermanos Tadeo* (2002), una tómbola de feria sin más, un día mostrará su amplio surtido de regalos (la muñeca chochona, el tigre de peluche, la plancha...) en todo su colorín y colorado.

Laura Revuelta